

ALGUNAS CLAVES DEL PENSAMIENTO DE SAN PABLO

La vivencia del camino de Damasco cambió profundamente el modo de pensar de San Pablo, que, como sabemos, era deudor de los enfoques judaicos y helenistas. Los años sucesivos le sirvieron para insertarse en la cauce cristiano, y repensar sus criterios religiosos y antropológicos a la luz del evento de Cristo, crucificado y resucitado.

Conceptos, como “salvación”, “justificación”, “fe”, “gracia”, “liberación-libertad”, “reconciliación”, “pecado”, “ley”, “hombre nuevo”, etc, constituyen el eje en torno al cual la vivencia paulina en cuanto mensajero de la palabra divina, desvelada en Cristo.

Hoy quisiéramos destacar sumariamente unos perfiles de la antropología y moral del apóstol de las gentes, y podríamos distinguir tres niveles.

1) El hombre “natural”.

San Pablo se fija en primer lugar en el hombre que sigue sus pautas personales, es decir, el hombre que se cree autosuficiente, y el apóstol lo desglosa con términos, como “cuerpo”, “mente”, “corazón”, “conciencia”, donde aflora su toque pesimista, un tanto pesimista, al contemplar al hombre fuera de la esfera de Cristo, aunque no está necesariamente condenado a la perdición, sino a encontrarse con Dios por medio de la obediencia de la fe en Cristo.

Tal enfoque lo expresa en una de sus importantes cartas:

Rom 1,18-20: “Pues se revela la ira de Dios desde el cielo contra toda clase de impiedad e injusticia de los hombres, que, con su injusticia, tienen maniatada la verdad; porque lo que se puede conocer de Dios está patente entre ellos, pues Dios se lo manifestó; es que de la creación del mundo puede verse, captado por la inteligencia gracias a las criaturas, lo invisible de Dios – su eterno poder y su divinidad -, hasta el punto de que ellos no tienen excusa”.

El hombre “natural” puede encontrarse con Dios, aunque el apóstol se detiene más sobre el hombre salvado por Cristo.

2) El hombre redimido.

Es definido a veces en el curso de las cartas paulinas con una terminología negativa, es decir, la esfera de la “carne”, “ley”, “pecado”, que reflejan la tendencia autonomista del hombre natural, y, dejado a su sola suerte, acaba cerrándose a la verdad. Pero aquí el apóstol se apoya en el acontecimiento de Cristo para vislumbrar para el hombre una nueva configuración. Aquel que se abre a la fe en Cristo se transforma en un “hombre nuevo”, que sustituye al “hombre viejo”. Esta novedad se consigue por la fe y la justificación.

Según San Pablo la vida cristiana se desarrolla “en Cristo”: es más, el creyente hunde sus raíces en el encuentro personal con Cristo, y es ahí donde descubre su identidad más propia y profunda, es decir, es “justificado en Cristo”, y surge en él la “criatura nueva”, “hombre nuevo”.

Rom 6,6: “Sabemos esto: que nuestro hombre viejo fue crucificado junto con Cristo para que fuera destruido “el cuerpo de pecado”, de modo que nosotros no fuéramos ya esclavos del pecado”.

San Pablo concreta una experiencia de vida relacionada con la fe, suscitada por la palabra divina revelada en Cristo, y que desemboca en la vivencia sacramental en el bautismo.

3. El nuevo ser y obrar del hombre nuevo.

El comportamiento del bautizado, en la comunidad cristiana y en la escena del mundo, constituye el objeto de la moral paulina. Es importante establecer la secundariedad del discurso paulino. Efectivamente, una vez que ve al hombre justificado en Cristo, lo decisivo es actuar según la dinámica de la fe, tal como asevera en:

Gál 5,5-6: “Pues nosotros, bajo la guía del Espíritu, por la fe aguardamos la justicia, objeto de nuestra esperanza; que, en Jesucristo, ni circuncisión ni incircuncisión tienen valor alguno, sino la fe que se muestra activa mediante la caridad”.

Desde la justificación el creyente contempla en una nueva tesitura, y esta relación con Cristo la expresa san Pablo incluso en términos gramaticales en sus cartas, cuando el apóstol recurre a dos modos verbales para clarificar su pensamiento, es decir, el indicativo y el imperativo. El primero ilumina el segundo, y éste desvela la fuerza del primero.

En dichos tres niveles diseña el apóstol de la gentes al hombre, al creyente de todos los tiempos, pero, donde san Pablo pone el énfasis, es en el hombre justificado y liberado por Cristo, el Mesías crucificado. En la apertura sincera, profunda, y sin velos, el creyente reconoce al Señor resucitado en la fracción del pan y en el bautismo se le posibilita un conocimiento de su identidad más acertada y genuina, pues sabe el antiguo fariseo que el hombre, dejado a su propia tendencia, acaba enorgulleciéndose ante sí, los demás, e incluso Dios mismo. La vivencia personal le abrió nuevos cauces para su propio horizonte y en sus cartas nos ha dejado su huella iluminadora, que ayuda clarificarse a quien deja que la gracia del Cristo resucitado actúe en él.

Miguel Álvarez, ofm.